

ROSARIO

Por Alejandro Toledo

Para A.M.V.

Era yo un niño cuando mi padre decidió vender la casa de Rosas Moreno, en la colonia San Rafael. Guardo en mi imaginación esa casa vieja, de techos muy altos y un amplio jardín al interior. Al final del jardín había un pequeño cuarto —quizá pensado para la servidumbre— en el que habitó por muchos años Rosario. Rosario era mi abuela. En ese jardín yo organicé mis primeras batallas con los amigos del colegio; en ese cuarto del jardín Rosario sobrellevó con tranquilidad sus últimos días. Luego de su muerte mi padre pensó que debíamos cambiar de residencia. Si yo hubiera sido mayor me habría rebelado. Siempre recuerdo esa casa; nunca olvido a Rosario.

Ahora mi memoria entremezcla recuerdos de infancia con esas otras leyendas que la vida me ha hecho conocer. En cada una encuentro nuevas perspectivas del pasado familiar; ahora sé quién era Rosario, por qué vivimos en esa casa de Rosas Moreno, y conozco las razones por las que mi padre sólo llevó un apellido. Y uno tiende a pensar que la historia del país descansa en esos nombres y fechas que nos hacen memorizar en la escuela. ¡Todo es tan diferente! El pasado colectivo se engarza con el personal. Por estos descubrimientos, a veces siento que la magia de mi infancia tiende a desvanecerse.

Sin embargo, conservo algunas imágenes.

Desde la ventana de su cuarto, Rosario se entretenía observando mis juegos. Al verme perder en los combates, cuando me acercaba a ella con sangre brotando en la nariz, decía con disgusto al tiempo que tomaba un pañuelo humedeciéndolo con la lengua: “Yo hubiera querido darte otro temperamento, Rafael, tú no eres hombre para la lucha.” Mi caída le traía seguramente nostalgias, y limpiaba mis lesiones con un llanto mudo.

Yo no entendí esa tristeza sino más tarde: mi abuelo había sido general. Nunca lo conocí. Mi abuelo murió asesinado.

En múltiples ocasiones caminé por las calles de la ciu-

dad tomado de la mano por Rosario. Atravesábamos la Ribera de San Cosme hasta llegar al kiosco de Santa María. Mi abuela, exhausta, pedía descanso, y yo me entretuve muchas veces subiendo y bajando por las escaleras del kiosco. También caminamos por el lado de Reforma, y me asombraba la enorme columna encima de la cual parece alzar vuelo un ángel. Frente a una de esas mansiones porfirianas que ahora ya no existen, Rosario comentó en cierta ocasión:

—Allí viven los Leyva. Teodoro Leyva fue buen amigo de tu abuelo.

“Los Leyva”, esa expresión se me quedó grabada, y más tarde la relacioné con Dorotea. La niña de mi colegio de la cual yo estuve enamorado: Dorotea Leyva. Entonces, frente a la casa que extendía hacia Reforma una escalera de mármol, sólo pensé en el abuelo. Hubiera querido preguntar: “¿Cómo se llamaba el abuelo, Rosario?”, pero muy pronto mi padre me advirtió que esas eran cuestiones sobre las que no debía indagar ante ella. “Déjala que hable, pero no preguntes. Es algo triste que tu abuela recuerde a su modo.”

Cuánto desamor, cuánta melancolía, cuántas ausencias llevaba Rosario marcados en su rostro. Pienso en la inexperiencia que la llevó muy joven a hacerse la amante de un general de la revolución, y lo que habrá pasado cuando ocurrió su muerte y ella tuvo que buscar la manera de sostenerse y sostener al hijo que llevaba en su vientre y que luego fue mi padre. Cuántas cosas debe soportar una mujer sola.

Rosario, ¿dónde quedaron nuestros recuerdos? ¿Dónde quedaron aquellas fotografías que te gustaba contemplar en las tardes grises? Eran mundos a los que me sentí ajeno, pero al fin fueron parte del mundo que me quise inventar.

Ahora sé, ahora entiendo, Rosario, que tú fuiste la amante del general Ignacio Aguirre, mi abuelo, que murió asesinado en los años veinte por orden del caudillo. Con el tiempo, uno comienza a entender la historia de su patria. ◇

El siguiente ejercicio narrativo fue escrito luego de la lectura de *La familia vino del norte* de Silvia Molina. En esta novela, la autora intenta fundir la historia particular de sus protagonistas con la gran historia nacional. El poder acostumbra referirse a “la familia revolucionaria”, y es precisamente en el plano familiar donde podemos encontrar los fulgores y oscuridades de una sociedad: reconocimientos, intrigas, chantajes, juegos de poder, etcétera.

Como *La sombra del caudillo* —la comparación es en cuanto al tema—, *La familia vino del norte* se detiene en el movimiento serranista que desembocó en la matanza de Huitzilac en octubre de 1927 —El general Francisco R. Serrano es, en la novela de Guzmán, Ignacio Aguirre. La ficción que sigue busca un acercamiento entre los personajes de ambas novelas.